

“ENFERMEDAD Y PALABRA EN LA ANTIGUEDAD CRISTIANA”

por Francisco García Bazán

En *Enéada* II, 9, 14, uno de los capítulos del conocido tratado de Plotino “Contra los gnósticos”¹, el filósofo neoplatónico censura a sus adversarios², no sin ironía, la absurda idea que tienen de la enfermedad como idéntica a “espíritus malos”, y la creencia que igualmente sostienen de que “estos espíritus puedan ser expulsados por la palabra”. Dice de esta manera el filósofo:

“Cuando, por otra parte, dicen que ellos (= los gnósticos) están libres de enfermedades, si hablaran así por temperancia y vida ordenada, se expresarían correctamente, igual que los filósofos dicen; pero de hecho hablan así habiendo supuesto que las enfermedades son espíritus malos (*daimónia*), afirmando que éstos pueden ser expulsados por la palabra y proclamándose como personas muy venerables, podrían aparentar serlo ante la muchedumbre, que se maravilla de los

¹ Ver nuestro libro *Plotino y la Gnosis*, Buenos Aires, FECIC, 1981, ps. 257-260.

² Previamente ha desdenado igualmente su pretendida adhesión a las prácticas mágicas. Ver nuestras observaciones en “Plotino y los textos gnósticos de Nag-Hammadi”, *Oriente-Occidente* II/2 (1981) ps. 190-193.

poderes mágicos, pero no podrían convencer a quienes piensan bien que las enfermedades no tienen esas causas (*tas aitías*), sino que tienen lugar por fatiga, excesos, necesidades o putrefacciones y, en general, por cambios que tienen origen en lo exterior o interior. Las curaciones de ellas, por otro lado, igualmente lo tornan claro. En efecto, la enfermedad queda eliminada por vía inferior una vez lavado el vientre o habiéndose administrado un remedio y una sangría y hasta un ayuno cura ¿Acaso se consume el mal espíritu una vez está muerto de hambre y cuando se ha administrado el remedio, entonces, empero, ha salido de un golpe o ha quedado adentro? Pero si queda aún ¿Cómo estando adentro no se está enfermo ya? Y si ha salido ¿Por qué? ¿Qué le ha sucedido realmente? Acaso porque era nutrido por la enfermedad. Por consiguiente la enfermedad existía siendo otra que el mal espíritu. Además, si no existiendo causa alguna está adentro ¿Por qué no se está siempre enfermo? Si, no obstante, hay una causa ¿Por qué es necesario un mal espíritu para enfermar?, ya que la causa es suficiente para producir la fiebre. Pero resulta ridículo que el mal espíritu exista simultáneamente con la causa, como si el mal espíritu estuviera listo para de inmediato haber sustituido a la causa”³.

En pocas palabras. Plotino trata de poner al descubierto el absurdo de una postura que fundamenta el origen de la enfermedad en seres individuales animados. Ante una explicación más racional, positiva y ya perteneciente al acervo científico de los griegos, la tesis gnóstica se revela ociosa.

Plotino, por supuesto, apoya sus convicciones sobre una concepción de la enfermedad y sus causas que se basa en una etiología fundamentada en hechos de observación, presumiblemente verificable, y que se desenvuelve dentro del cuadro teórico del desequilibrio de los humores somáticos, según lo expone la tradición médica hipocrática. Aunque al parecer el jefe de la escuela neoplatónica, al día en información científica⁴, ni siquiera

³ Véanse líneas 21-34. Hemos cambiado ligeramente nuestra versión de Plotino y la *Gnosis*, ps. 257-258. Ver ahora J. Igal, *Plotino. Enéadas I-II* Madrid 1982, ps. 525-526.

⁴ Cf. Porfirio, *Vida de Plotino*, XIV.

echó mano para su sed informativa del *corpus hippocraticum*, sino que le bastó con leer el resumen general escrito por Galeno, muerto unos pocos años antes de que naciera Plotino, y que se ha conservado bajo el título de *De placitis Hippocratis et Platonis*, que sintetiza, actualizándolas, las enseñanzas sobre la fisiología humana y sus trastornos que se han desarrollado en torno a las enseñanzas del *Timeo* ⁵.

Pero Plotino aparte de mostrarse frente a sus rivales ideológicos como partidario de una medicina empírica, dice algo más: que sus adversarios admiten que los demonios productores de enfermedades podían ser dominados por la palabra y con esta afirmación que nos introduce en el campo correspondiente al poder curativo de las fórmulas verbales y que roza el de las invocaciones mágicas, entramos en una esfera de experiencias tan difundidas en los primeros tiempos cristianos, como de fuerte influencia semítica.

Recordemos un breve texto de Orígenes, con el que el escritor eclesiástico trata de defenderse frente al mayor de los acusadores del cristianismo de todos los tiempos, el platónico Celso:

“Ahora bien, nosotros afirmamos que toda la tierra habitada de hombres conoce la obra de Jesús, dondequiera viven como forasteras las iglesias de Dios, obra de Jesús, compuestas de hombres que, saliendo de males sin cuento, se pasaron a ellas. Y aun ahora, el Nombre de Jesús libra a los hombres de las perturbaciones del espíritu, expulsa a los demonios y cura las enfermedades; y en quienes han aceptado sinceramente la doctrina acerca de Dios y de Cristo y del Juicio venidero, no ficticiamente movidos por necesidades de la vida u otras miras humanas, infunde una maravillosa mansedumbre y equilibrio de carácter, humanidad, bondad y dulzura” ⁶.

Podemos ingresar así en el mundo judío y cristiano de la época helenística.

⁵ Cf. brevemente, J. Igal, “Aristóteles y la evolución de la antropología de Plotino”, en *Pensamiento* 35 (1979), ps. 335-337 e Hipócrates, *Hippocrate*, T. XI, 32,1 y ss., texte établi et traduit par R. Joly, Paris, 1970.

⁶ Cf. Orígenes, *Contra Celso* I, 67 (tr. D. Ruiz Bueno, p. 102).

I.- La enfermedad según el enfoque judeocristiano.

La interpretación judeocristiana de la enfermedad se inscribe en el marco de su visión religiosa del mundo. Apenas hay en el A. T. referencias a las causas naturales de una dolencia, salvo en casos obvios: una herida, por ejemplo, es ocasionada por un golpe. Lo expresado, sin embargo, no significa que la medicina basada en casos de observación sea condenada. El testimonio del *Eclesiástico* 38. 1-15, es suficientemente claro:

“Da al médico, por sus servicios, los honores que merece,
que también a él le creó el Señor.
Pues del Altísimo viene la curación,
como una dádiva que del Rey se recibe.
La ciencia del médico realza su cabeza,
y ante los grandes se le admira.
El Señor puso en la tierra medicinas,
el varón prudente no las desdeña...
El mismo dio a los hombres la ciencia
para que se gloriaran en sus maravillas.
Con ella cura él y quita el sufrimiento,,
con ellas el farmacéutico hace mixturas.
Así nunca se acaban sus obras,
y de él viene la paz sobre la haz de la tierra.
Hijo, en tu enfermedad, no seas negligente,
sino ruega al Señor, que él te curará.
Aparta las faltas, endereza tus manos,
y de todo pecado purifica el corazón.
Recorre luego al médico, pues el Señor le creó también a él,
que no se aparte de tu lado, pues de él has manester.
Hay momentos en que en su mano está la solución,
pues ellos también al Señor suplicarán
que les ponga en buen camino hacia el alivio
y hacia la curación para salvar tu vida.
El que peca delante de su Hacedor
¡Caiga en manos del médico! ⁷.

⁷ Sobre el ejercicio de la medicina entre los judíos cf. G. Kittel (ed.) *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament* (= ThWNT), artículo *nosos* A. 3-4 redactado por A. Oepke. Acerca de las opiniones sobre los médicos ver J. Jeremías, *Jerusalén au temps de Jésus*, París, 1967, ps. 34 y 402.

No obstante el fondo religioso es siempre tenido presente, como se advierte por el pasaje citado e incluso lo habitual es que desde el efecto la exégesis del creyente pase y se eleve sin intermediarios hacia su sentido último: el hombre padece la enfermedad porque Dios lo permite y ella acompaña a la existencia caída y pecadora del ser humano, a un modo de existir que se caracteriza por el apartamiento y abandono de Dios. Desde tal perspectiva básicamente religiosa la enfermedad es considerada como una especie de mal y si el concepto de salud sobreentiende una cierta plenitud de potencia vital para quien goza de ella, la enfermedad se concibe frente a la anterior modalidad como un estado de flaqueza y de debilidad, según se lamenta el Salmista:

“Me flaquea el corazón, las fuerzas me abandonan,
y la luz misma de mis ojos me falta”⁸.

La curación, en cambio, se experimenta como la recuperación de una fuerza vital que depende en su origen de Dios, que es la Vida misma:

“¡No me abandones, oh Yahvé,
Dios mío, no estés lejos de mí!
¡Date prisa a auxiliarme,
Señor de mi salvación!”⁹.

Curación y salvación van íntimamente unidas en la consideración del fiel, como dos rostros de una realidad más profunda.

Pero si la enfermedad se revela como uno de los castigos de Dios, Padre misericordioso, debido al pecado humano, es razonable que en su administración terrena intervengan seres no humanos y malignos, los que son espíritus superiores al hombre como Satán o el Ángel Exterminador¹⁰. Ahora bien, esta presen-

⁸ Cf. *Salmo* 38,11. Cf. resumidamente J. Guillet y P. Grelot, en X. Léon-Dufour, *Vocabulario de Teología Bíblica*, Barcelona, 1978, art. “Enfermedad”.

⁹ Cf. *Salmo* 38,22-23.

¹⁰ Cf. *Sabiduría* 2,24: “por la envidia del diablo la muerte entró en el mundo” en relación con el relato de la caída de *Gén.* 3. Sobre la relación entre la Serpiente y Satanás ver W. Foerster en ThWNT, art. *ofis*.

cia de seres diabólicos bajo la forma de demonios o entidades maléficas, se hará particularmente frecuente entre los judíos a partir del período postexílico. En este momento la tradición piadosa judía expone con la debida extensión la conciencia clara que posee de la tensión interna que existe en su creencia en un Dios cuyos atributos máximos en su relación con la historia son los de Juez y Padre. Por lo primero debe castigar a quien utilizando su libre albedrío de criatura le ofende. Por lo segundo quiere sin retaceos la conversión de la criatura, su vuelta hacia El, más que su castigo, porque, al fin de cuentas, el hombre es obra de su amor. No obstante, se comprende que pese a los sentimientos más hondos de Padre, por los que nunca abandona al hombre, debe castigarle y en este equilibrio de tensiones aparece claramente la figura trascendente e histórica de Satán como el fiscal ¹¹, porque en su fuero íntimo es el Adversario de Dios. Exige que se haga justicia, no por espíritu de rectitud, sino porque se complace en oponerse a los designios del atributo del amor paterno que llaman a la unidad del hombre con Dios. En una palabra, porque bajo la justificación de la exigencia puede poner en movimiento su aspiración de desunión o negadora del cumplimiento de los planes divinos. Esta actitud la mostró Satán cuando bajo la forma de serpiente tentó e hizo fallar o desviarse a Eva del camino de la vida. Y obedeciendo a idéntica actitud sigue fiel a su ejercicio cuando guía y conduce a una muchedumbre bien organizada de espíritus del mal o demonios (no *dáimones*, sino *daimonia*) ¹², para que pongan obstáculos al hombre en su aproximación a Dios, sigan vías extraviadas y, de ser posible, se encierren en sí mismos. Por consiguiente, desgracias personales y colectivas, tentaciones, dolencias físicas, locura, posesión diabólica y muerte del espíritu, llegado el caso, son la secuela lógica del dominio o gobierno de este eón (*aión houtos*) por el Espíritu del Mal.

En esta etapa del desarrollo de la mentalidad religiosa hebrea la enfermedad como expresión del mal adquiere una cierta auto-

¹¹ Recuérdese el Prólogo del libro de *Job*.

¹² En este punto Plotino es correcto hasta en el detalle. Sabe que sus adversarios hablan de “espíritus malignos” en relación con la enfermedad.

mía, ya que son los demonios como instrumentos de la muerte, quienes se oponen a Dios como Señor de la Vida ¹³.

De este modo entre los rabinos tanaitas las causas de la enfermedad se clasifican al atribuirse cada una de ellas a espíritus determinados. Para ejemplificar un caso. Se dice que el demonio Shabriri es quien provoca la ceguera ¹⁴. En el sentido opuesto, en el conflicto de poderes, Yahvé ejerce también su influencia por medio de los ángeles. Recuérdese que Rafael significa "Dios cura" ¹⁵.

La literatura pseudoepigráfica, que tantos puntos de contacto tienen con la formación de Jesús de Nazareth, habla de un tipo de ayuno que expulsa a los demonios ¹⁶. Se hace una referencia asimismo al demonio que ocasionó la locura de Nabucodonosor y se sostiene que éstos como los demás espíritus malignos están al servicio de Satanás ¹⁷.

Estos tiempos de la historia del mundo, además, en pleno esplendor del enfoque apocalíptico, son juzgados como representando al eón actual bajo el gobierno despótico del Príncipe de este mundo, el que ha llegado de esta manera al alejamiento máximo de su desviación divina. Las expectativas mesiánicas alcanzan su culminación y se experimenta el mal como no querido por Dios y manejado por una voluntad extraña a los designios del Padre. Dios no quiere el dolor, la angustia y el exterminio, ellos son en esta etapa culminante de la maldad, el producto de los ángeles de las tinieblas. Los mundos de la luz y de la oscuridad, de este modo, se enfrentan sin remedio. Los textos esenios descubiertos en los hallazgos del Qirbet Qumrán ratifican esta perspectiva, pero también el *Evangelio de Juan* y los Sinópticos desde su propio punto de vista ¹⁸.

¹³ Si bien es cierto que hay enfermedades que no se originan en ellos.

¹⁴ Cf. W. Foerster, ThWNT, art. *daimon* B. 2, con los otros ejemplos allí referidos.

¹⁵ Cf. *Tobías* 3,17.

¹⁶ *Apoc. EL* 23,5.

¹⁷ Cf. *Vida de los Profetas* 16. Ver Foerster, *daimon* B. 3. Igualmente A Caquot, "Angeles et démons en Israël", en *Génies, anges et démons*, Sources Orientales VIII, París, 1971, ps. 142-143.

¹⁸ Cf. W. Foerster, ThWNT, art. *Satanás*.

Y de acuerdo con esta cosmovisión en la que se mueve Jesús de Nazareth los relatos evangélicos no se detienen en distinguir la enfermedad motivada por causas naturales de las ocasionadas por la posesión demoníaca. Así en la colección de descripciones de curas reunidas en Mateo 8, 1-17, la recuperación de un leproso, la curación del criado paralítico del centurión y la desaparición del estado febril de la suegra de Pedro, se concluye como resumen: "Al atardecer, le trajeron muchos endemoniados; él expulsó a los espíritus con su palabra, y sanó a todos los enfermos. Así se cumplió el oráculo del profeta Isaías"¹⁹.

Teniendo en cuenta, sin embargo, que toda enfermedad es un vestigio y una prueba del control que Satanás ejerce sobre este mundo por él dominado, pueden distinguirse tres tipos de acción diabólica a través de la enfermedad con los que Jesús como Salvador se enfrenta:

1° La enfermedad física considerada como obra del demonio. Puede recordarse al respecto la curación en sábado de la mujer encorvada, según la relata el *Evangelio de Lucas*:

"Estaba un sábado enseñando en una sinagoga, y había una mujer a la que un espíritu tenía enferma (*pneuma astheneias*) hacía dieciocho años; estaba encorvada, y no podía en modo alguno enderezarse. Al verla Jesús, la llamó y dijo: 'Mujer quedas libre de tu enfermedad'. Y le impuso las manos. Y al instante se enderezó, y glorificaba a Dios"²⁰.

El discurso de Pedro en la casa de Cornelio ratifica con las siguientes palabras esta misma doctrina:

"Vosotros sabéis lo sucedido en toda Judea, comenzando por Galilea, después que Juan predicó el bautismo; cómo Dios a Jesús de Nazareth le ungió con el Espíritu Santo y con poder, y cómo él pasó haciendo el bien y curando

¹⁹ Cf. Mt. 8,16-17 con los paralelos de Marcos y Lucas.

²⁰ Cf. Lucas, 13, 10-13. Sobre el significado de *astheneia* como debilidad física, cf. G. Stählin, en ThWNT, ad locum.

(*iómenos*) a todos los oprimidos por el Diablo, porque Dios estaba con él”²¹.

2° El demonio destruye la personalidad del sujeto, “la imagen de Dios”, ésta queda paralizada y movida por manos ajenas individuales.

3° El demonio, como rasgo de su superioridad de poder sobre el hombre, tiene conciencia de quién es Jesús, puesto que con él se inicia definitivamente la etapa de la destrucción total del imperio de Satanás.

Los pormenores de la historia del endemoniado de Gerasa, en sus dos momentos consecutivos, confirman ambas ideas:

“Y llegaron al otro lado del mar, a la región de los gerasenos. Apenas saltó de la barca, vino a su encuentro de entre los sepulcros, un hombre con espíritu inmundo (*en pneumati akatharto*) que moraba en los sepulcros y a quien nadie podía ya tenerle atado ni siquiera con cadenas, pues muchas veces le habían atado con grillos y cadenas, pero él había roto las cadenas y destrozado los grillos, y nadie podía dominarle. Y siempre, noche y día, andaba entre los sepulcros y por los montes, dando gritos e hiriéndose con piedras. Al ver de lejos a Jesús, corrió y se postró ante él y gritó con gran voz: ‘¿Qué tengo yo contigo, Jesús, Hijo de Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes’. Es que él le había dicho: ‘Espíritu inmundo sal de este hombre’. Y le preguntó: ‘Cuál es tu nombre?’. Le contesta: ‘Mi nombre es Legión, porque somos muchos’. Y le suplicaba con insistencia que no los echara fuera de la región. Había allí una gran piara de puercos... Los espíritus inmundos salieron y entraron en los puercos, y la piara —unos dos mil— se arrojó al mar de lo alto del precipicio y se fueron ahogando en el Mar”²².

²¹ Cf. *Hechos de los Apóstoles* 10, 37-38.

²² Cf. *Marcos* 15, 1-13. Ratificar con W. Foerster, *daimon*, C. 3.

II.- Enfermedad y Palabra.

En consonancia con lo descrito es posible advertir que la enfermedad tanto física, como las perturbaciones psicometales, como los casos de posesiones, tienen un origen diabólico inmediato o mediato. Constituyen, por lo tanto, indicios del sometimiento del hombre y de la historia por parte del Adversario (Satán-diábolos), y sus curaciones por remedios, en los ejemplos más sencillos, por exorcismos deprecatorios o por órdenes perentorias por quien tiene poder para ello, como sucede en el caso de Jesús, son signos de que el hombre está en camino de recuperar una salud de criatura perdida y que incluso puede acrecentar, esforzándose de modo que creado “a la imagen de Dios”, pueda alcanzar la semejanza divina.

Se explica de esta manera que en el A. T. los pedidos de curación vayan acompañados de una confesión de las faltas personales (*eulogeo* = *benedicere*):

“Yahvé, no me corrijas en tu enojo,
 en tu furor no me castigues.
 Pues en mí se han clavado tus saetas,
 ha caído tu mano sobre mí;
 nada hay intacto en mi carne por tu furia,
 nada sano en mis huesos debido a mi pecado.
 Que mis culpas sobrepasan mi cabeza,
 como un peso hartó grave para mí;
 mis llagas son hedor y putridez,
 debido a mi locura”²³.

A la inversa, la enfermedad es una prueba de la ira y de la maldición de Dios:

“pero si no obedeces la voz de Yahvé... maldito serás en la ciudad y maldito en el campo... Yahvé te herirá con diviesos de Egipto, con tumores, sarna y tiña, de las que no podrás sanar. Yahvé te herirá de delirio, de ceguera y de pérdida de sentidos”²⁴.

²³ Cf. *Salmos* 38, 2-6.

²⁴ Cf. *Deuteronomio*, 25, 15-28.

Se tiene la confianza de que los demonios se retiren invocando el poder del Nombre de Dios:

“Dijo el ángel de Yahvé al Satán: ‘¡Yahvé te reprima, Satán, reprímate Yahvé!’”²⁵.

Por eso mismo también llega a expresar la *Epístola de Judas*:

“En cambio el arcángel Miguel, cuando altercaba con el Diablo disputándose el cuerpo de Moisés, no se atrevió a pronunciar contra él juicio injurioso, sino que dijo: ‘Que te castigue el Señor’”²⁶.

Jesús el Cristo, puesto que es el Nombre de Dios encarnado, ya que el Nombre del Padre es el Hijo²⁷, realiza curaciones y milagros en su propio Nombre:

“Cuando bajó del monte, le fue siguiendo una gran muchedumbre. En esto un leproso se le acerca y se postra ante él, diciendo: ‘Señor, si quieres puedes limpiarme’. El extendió la mano, le tocó y dijo: ‘Quiero, queda limpio’. Y al instante quedó limpio de su lepra”²⁸.

En el caso del paralítico incluso se enciende la polémica al considerársele poseedor de una fuerza espiritual excesiva. Dice el relato también de *Mateo*:

“Subiendo luego a la barca, pasó a la otra orilla y vino a la ciudad. En esto trajeron donde él un paralítico postrado en una camilla. Viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: ‘¡Animo! hijo, tus pecados te son perdonados’. Entonces algunos escribas dijeron para sí. Este está blasfemando. Más Jesús conociendo sus pensamientos dijo: ‘¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil decir:

²⁵ Cf. *Zacarias* 3,2.

²⁶ *Judas* 9.

²⁷ Cf. nuestro artículo, “Mística cristiana y ontología”, en *Filosofar cristiano* 9-12 (1981-1982), ps. 230-237.

²⁸ Cf. *Mt.* 8,1-3.

Tus pecados te son perdonados, o decir, levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene en la tierra poder de perdonar los pecados —dice entonces al paralítico— levántate, toma tu camilla y vete a tu casa'. El se levantó y se fue a su casa. Y al ver esto la gente se sobrecogió y glorificó a Dios, que había dado tal poder a los hombres" ²⁹.

Sus discípulos llegarán a realizar prodigios semejantes por la virtud del Nombre de Jesús. Es decir, merced a la potencia del Nombre oculto del Señor que es connatural al Padre, no por su onomástico histórico o exterior "Jesús" ³⁰. Esta posibilidad se da ya durante la existencia encarnada de Cristo, según puede comprobarse por una queja de sus discípulos:

"Juan le dijo: 'Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu Nombre y no viene con nosotros; nosotros tratamos de impedirselo porque no venía con nosotros'. Pero Jesús contestó: 'No se lo impedáis pues no hay nadie que obre un milagro invocando mi Nombre y luego sea capaz de hablar mal de mí. Pues el que no está contra nosotros, está por nosotros'" ³¹.

Y el comportamiento semejante de los discípulos varias veces repetido queda confirmado con estas palabras por Pedro ante el pueblo de Jerusalén:

"Vosotros renegasteis del Santo y del Justo, y pedisteis que se os hiciera gracia de un asesino; mientras que al jefe que lleva a la Vida hicisteis morir. Pero Dios le resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos de ello. Y por la fe en su Nombre, este mismo Nombre ha restablecido a éste que vosotros veis y conocéis" ³².

²⁹ Cf. *Mt.* 9, 1-17.

³⁰ Hay algunas explicaciones del tema en García Bazán, "Plotino y los textos Gnósticos de Nag-Hammadi", ps. 196-197, *mutatis mutandis*.

³¹ Cf. *Marcos* 9, 38-40.

³² Cf. *Hechos* 3, 14-16 y ver antes 3,1 y ss.

Dice la tradición hebrea que el día en que todos lo hombres pronuncien al unísono y debidamente el Nombre de Dios será el "Día de Yahvé", la plenitud del Reino, según el cristiano. Será el momento en el que el Nombre profanado y blasfemado será glorificado y el Reino se manifestará plenamente. Ideal que el profeta Ezequiel canta:

"Santificaré mi gran Nombre que ha sido profanado entre los pueblos y que también vosotros habéis profanado. Y los pueblos sabrán que soy Yahvé —Oráculo del Señor— cuando haga resplandecer mi santidad bajo vuestros ojos" ³³.

La plegaria cristiana por excelencia, la que el mismo Jesús rezaba, repite:

"Padre Nuestro Celestial, que tu Nombre se torne santo, venga tu Reino" (*Abbá, jítqaddásh shemak/teté malkutak*) ³⁴.

Es decir, Padre, que tu Nombre, que la expresión culminante de tu Voluntad que es tu Hijo, que es Uno contigo, se haga realidad en todas las voluntades humanas y aquí todos seamos uno contigo, como tu Nombre esencial, el que tú te has querido dar, es unidad con tu naturaleza secreta e impronunciable. Es la aspiración mesiánica por excelencia y por eso, simultáneamente, el logro del Reino, que obviamente separa (*qadósh*) del mundo mortal.

Y ahora, sí, las ideas se tornan transparentes. Si la maldición (*anáthema, Kataráomai, blasfemeo/maledicere*) ³⁵ ocasiona la ruina, es porque se trata de una palabra frustrada, a la que sirve como vehículo, por necesidad, un mal espíritu, un hábito disminuido, carente de vigor y de vida. La bendición, (*beraká—eulogía—benedicere*), en cambio, traza el buen camino, coloca en la vía hacia la fuente de la Vida. Se trata de una palabra lograda, su soporte

³³ Cf. *Ezequiel* 36, 23.

³⁴ Para la reconstrucción del original arameo, véase J. Jeremias, *Paroles de Jesús*, París, 1967, ps. 69-80.

³⁵ Para el sentido de maldición/maldecir, cf. J. Behm (*anáthema*) y F. Büchsel (*Katara*), en ThWNT.

es el espíritu dócil, que se deja impregnar por la luz, que deja a un lado la tiniebla. En cada momento del cosmos y del hombre se repite el momento creador que separa la luz de las tinieblas. Aquí se inscribe la importancia de la bendición en todo el A. T., desde Gén. 1,22 y 28 en que Dios bendice a los animales y a la primera pareja: “creced y multiplicaos”, pasando por la conocida historia de Isaac, Esaú y Jacob, hasta la fórmula lapidaria de *Tobías* 12,6:

“Es bueno bendecir a Dios y exaltar su Nombre” ³⁶.

En el N. T. la bendición se conserva con el mismo valor que en la Antigua Alianza, pero adquiriendo un diáfano objetivo escatológico orientado por un ideal recreador.

Según el pensamiento cristiano esa marcha firme hacia la exaltación del Nombre ya se ha iniciado con la venida del Mesías, Palabra encarnada, y como Hijo natural de Dios, Nombre del Padre. La Palabra es la que sana, porque recreada en el seno de una virgen, regenera a la humanidad o inicia la nueva etapa del Reino de Dios ya en construcción. Los primeros testigos de este acontecimiento Zacarías y Simeón, cuando tiene al Jesús neonato en sus brazos, no pueden sino cantar bendiciones, himnos de gozo y alabanza, al asistir a los primeros pasos del reencuentro definitivo con el Nombre ³⁷. María, coherentemente, es saludada como “bendita entre las mujeres” ³⁸, porque es la puerta de la bendición misma, del Mesías y su reino: “¡Bendito el que viene en Nombre del Señor”, le aclama el pueblo de Jerusalén ³⁹. Y el sacramento central de la asamblea de los cristianos será la Eucaristía (*eujauristein* = *eulegein*), la acción de gracias, recordando especialmente la consustancialidad que Jesús mostraba con el Padre cuando le bendecía por el pan y el vino recibido como alimento.

Por todo esto Jesús como Salvador es Médico, porque ante él retrocede el Adversario con sus trampas y cada una de sus cura-

³⁶ Cf. H. W. Beyer en ThWNT, art. *eulogeo* B. 1 a 4.

³⁷ Cf. *Lucas* 1, 64 y 2, 34.

³⁸ Cf. *Lucas* 1, 28 a 42.

³⁹ Cf. *Juan* 12,13.

ciones y milagros obrados durante su existencia terrestre, como las que se realizan en la Iglesia, son confirmación del ascenso sostenido hacia un mundo que ya el profeta Isaías anticipaba como libre de sufrimientos ⁴⁰. En él, como se afirma en el *Evangelio de Mateo* el Señor separará a los "benditos de su Padre", de los malditos y en tanto que la maldición implica la muerte eterna, los benditos participarán para siempre de la vida ⁴¹.

Son este tipo de convicciones, las que diferentes de las artes mágicas que confían en la destreza técnica profesional ⁴², hacen que el catolicismo otorgue un puesto de exigente privilegio a la capacidad taumatúrgica de sus santos, quienes sencillamente reconocen sus aptitudes extraordinarias o paranormales como una función vicaria que está al servicio de la construcción de la Jerusalén Celeste ⁴³ y como prueba verifcatoria de la marcha colectiva ascensional de que ya hemos hablado.

⁴⁰ Cf. Isaías, 11 y 35, 5-10.

⁴¹ Cf. *Mateo* 25, 34 y 41. Ratificar con *eulogeo* (H. W. Beyer), D. 2 a 5.

⁴² Sobre las diferencias y conflictos del cristianismo primitivo con las prácticas mágicas véase F. García Bazán, "En torno a Hechos 8, 4-24. Milagro y magia entre los gnósticos", en *Revista Bíblica* 167 (1978/1), ps. 27-38, aunque para confirmar en qué modo la magia ritual se inserta en la cosmovisión mítica, véase, por ser bien ilustrativo, S. Sauneron, "Le monde du magicien égyptien", en *Le monde du sorcier*, Sources Orientales VII, ps. 38-42. Sobre el tema del milagro, los poseídos, y el exorcismo, pueden co-tejarse los números 167 (1978/1) y 169 (1978/3) de *Revista Bíblica*. Para un manejo por momentos caprichoso de estos problemas ver: Morton Smith, *Jesus the Magician*, London, 1978 y más centrado en el tiempo de Jesús de Nazareth, G. Vermes, *Jesús el judío*, Barcelona, 1977.

⁴³ "Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva... Y vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo. Y oí una fuerte voz que decía desde el trono: 'Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él, Dios-con-ellos, será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos, ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado'" (*Apocalipsis* 21, 1-4). Ahora bien, en sentido contrario a todo lo dicho ver ejemplos de la interpretación profana de la tenacidad religiosa y de la fe como desatino en H. Preisker ThWNT, art. *máinomai*.

Se trata, en fin de cuentas, de facultades que se subordinan a una voluntad santificadora superior que crea y que regenera al mundo por medio de la Palabra dinámica o creadora que tiende a ser operativa en todos lo hombres de buena voluntad.